

Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side of the page.

CAPÍTULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote de la Mancha.

GRANDES fueron, y muchos, los regalos que los desposados hicieron á Don Quijote, obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa; y al par de la valentía le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo, que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó, que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que, al tiempo necesario, favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. "No se pueden ni deben llamar engaños, dijo Don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines;" y que, el de casarse los enamorados, era el fin de mas excelencia; advirtiéndole que, el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento; y mas, cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia, con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que, aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que, cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser

coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura, por sí sola, atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y, como á señuelo gustoso, se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña; y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. "Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote: opinión fué, de no sé qué sábio, que no habia en todo el mundo sino una sola mujer buena; y daba por consejo, que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así, viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo; y, con todo esto, me atrevería á dar consejo, al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría, que mirase más á la fama que á la hacienda; porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo; que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa sería conservarla, y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla; que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible; pero téngolo por dificultoso." Oía todo esto Sancho, y dijo entre sí: "Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél, que, cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! yo pensaba en mi ánima que solo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada." Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyle su señor, y preguntóle: "¿Qué murmuras, Sancho?—No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí, que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho, antes que me casara; que quizá dijera yo ahora: *el buey suelto, bien se lame*.—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo Don Quijote.—No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena; á lo menos, no es tan buena como yo quisiera.—Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu mujer; que, en efecto, es madre de tus hijos.—No nos debemos nada, respondió Sancho; que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está zelosa, que entonces, súfrala el mismo Satanás." Finalmente, tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro licenciado, le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo, que le daría á un

primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dijole, que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino, con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensiló Sancho á Rocinante, y aderezó al rucio; proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo, ansimismo bien proveidas; y, encomendándose á Dios, y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntó Don Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. Á lo que él respondió, que su profesion era, ser humanista; sus ejercicios y estudios, componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba el *De las Libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen, en tiempo de fiestas y regocijos, los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: "Porque doy al zeloso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo también, á quien he de llamar *Metamorfóseos*, ó *Ovidio Español*, de invención nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Madalena, quién el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado, y de la Priora; y esto, con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro, de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico; y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores, por que vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo." Sancho, que habia estado muy atento á la narración del primo, le dijo: "Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros: ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo, para mí, tengo que debió de ser nuestro padre Adán.—Sí sería, respondió el primo; porque Adán, no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.—Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame